

La invención del trabajo sexual*

Carol LEIGH

Yo inventé el trabajo sexual. No la actividad, por supuesto, sino el término. Esta invención fue motivada por mi deseo de conciliar mis metas feministas con la realidad de mi vida y la vida de las mujeres que conocí. Quería crear una atmósfera de respeto, dentro y fuera del movimiento de mujeres, hacia las mujeres que trabajan en la industria del sexo.

Como hija de unos desencantados padres ex-socialistas, me crié entre relatos desalentadores sobre el fracaso de las luchas políticas. El cinismo de mis padres me planteó un desafío: ¿por qué no suscribir una filosofía de la esperanza y la afirmación? Yo me convertiría en una rebelde optimista, una artista, una poeta, y encarnaría los ideales de paz y amor. Mis padres me dijeron que me pusiera un corpiño... y que no fuera tan *naïf*.

Me desarrollé políticamente junto a muchas de las feministas de la "tercera ola". En los años setenta, me di cuenta que los políticos que yo admiraba eran hipócritas, hablaban de toma de consciencia y de justicia pero me trataban "como una niña". Eran 'cerdos machos chauvinistas'. El feminismo fue una revelación para mí. Al parecer mi madre, sus amigas, mis abuelas y mis tías habían aceptado su estatus como ciudadanas de segunda clase. Pero este era un nuevo mundo moderno lleno de utopías para el cambio social.

En los comienzos de los años 70, leí autoras feministas, empezando por Betty Friedan, Germaine Greer, Kate Millet, Phyllis Chesler, y Ti-Grace Atkinson. Ellas me ayudaron a entender cómo mi propio poder estaba coartado por la "opresión internalizada". La misoginia tenía ecos en mi religión. Mis parientes varones recitaban plegarias en hebreo agradeciendo a "Dios" por no haberlos hecho mujer, ¿dónde estaban las grandes líderes y artistas femeninas? Si antes era tímida y titubeante, me volví orgullosa de mí misma, y ese orgullo fue mi fuente de inspiración y poder.

* **Nota editorial:** texto publicado originalmente en 1997 como "Inventing sex work" en el libro *Whores and other feminists* compilado por Jill Nagle. La presente versión es una traducción de Santiago Morcillo y Cecilia Varela que se publicó en 2006 en la *Revista Estudios de Género, La Ventana* (núm 4, pp. 7-23).

Carol Leigh, alias Scarlot Harlot (en su traducción al castellano "la Ramera Escarlata"), y recientemente fallecida, fue feminista, trabajadora sexual, artista, cineasta y miembro de organizaciones de trabajadoras sexuales y en defensa de sus derechos como Call Off Your Old Tired Ethics (COYOTE) y Bay Area Sex Workers Advocacy Network (BAYSWAN).

Cómo citar:

Leigh, Carol [1997] (2023). La invención del trabajo sexual. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 23(2), tc2303.

El feminismo no fracasaría a causa de las mismas debilidades que destruyeron el sueño socialista de mis padres. Recordé los relatos de sus camaradas que defendían a Stalin y las internas políticas autodestructivas de la izquierda sectaria, los trotskistas contra los leninistas contra los marxistas. Las mujeres eran diferentes a los varones, más atentas y protectoras. Si las mujeres pudieran participar plenamente en el mundo, podríamos ver el fin de la pobreza y la guerra. Tal vez el patriarcado era la raíz de la jerarquía y la opresión. Tal vez el feminismo podría guiarnos en el camino de la igualdad y la paz. A través de mi activismo pacifista desarrollé lo que yo consideraba una política “femenina” basada en la compasión. Si las mujeres tuviéramos más poder, haríamos justicia en el mundo.

¿Cuál sería mi rol en este movimiento? Artística y filosófica, orientada a lo esencial, comenzaba la traición a mi género a través del lenguaje. El masculinismo del lenguaje dejaba a las mujeres en el anonimato. En *Language and Women’s Place*, Robin Lakoff (1973) explicaba cómo las revisiones lingüísticas podían ser usadas por las feministas como una herramienta. Como poeta y artesana de la palabra, estaba intrigada por el potencial del activismo lingüístico para sacar a las mujeres del anonimato y escribir orgullosamente nuestra nueva historia.

Yo tenía un sentimiento profundo de ser al mismo tiempo testigo y participante del comienzo de la reinención de la femineidad. Sin embargo, desde un inicio me enfrenté a las contradicciones. La “nueva mujer” podría ser marimacho e intelectual. Podría abarcar la realidad de todas las mujeres, *excepto* que no debería ser tradicionalmente femenina. Aunque comencé a desdeñar la femineidad me preguntaba: ¿este rechazo de la “femme” no se traduciría en una condena hacia la mujer? Yo no era precisamente andrógina con mi poesía romántica, mi pelo teñido, mi cuerpo voluptuoso y mi “promiscuo” apetito por los hombres. ¿Era posible un feminismo que respetara a las mujeres reales y al mismo tiempo buscara ampliar sus posibilidades? En este pequeño rincón del patriarcado, donde nosotras luchábamos por las migajas de la autodeterminación, la hostilidad horizontal era la regla. Me di cuenta que las mujeres tal vez no eran tan “buenas” después de todo. Traté de ocultar mis preferencias sexuales, corté mi pelo y dejé de escribir poemas a Sara Teasdale.

En los años setenta, estudié escritura creativa en la Universidad de Boston. Más tarde, a mediados de los setenta, fundé un taller de escritura para mujeres, el Hampshire Street Women’s Poetry and Fiction Cooperative. El grupo estaba dedicado a “mejorar las imágenes de las mujeres” a través de la reinención del lenguaje y de las propias mujeres. Los principios feministas que desarrollamos apuntaban a que las mujeres encontráramos nuestra propia voz y consecuentemente nuestro poder en el planeta. La verdad sobre las mujeres estaría basada en la realidad de nuestras vidas, más que en los estereotipos patriarcales.

Las relaciones al interior de nuestro grupo de mujeres escritoras fueron el telón de fondo para muchas de mis creencias sobre lo que ahora es conocido como trabajo sexual. Aquí conocí a mi primera mentora feminista, Marcia Womongold, quien escribió *Pornography: License to Kill* (1979). Marcia me hizo conocer el trabajo de Merlin Stone sobre la mitología de las diosas, *Ancient Mirrors of Womanhood* (1984). Yo admiraba la posición aguerrida de Marcia y su crítica desvergonzada y celosa del privilegio masculino. Aunque aprecié cómo mi mentora me marcó con su feminismo, Hinda Paquette, una stripper-poeta de nuestro grupo de escritura, se quejaba de que la posición anti-porno de Marcia era sentenciosa y condescendiente. Yo estaba interesada en esta dicotomía, y en su cuasi tórrido romance. Discutí mis preguntas sobre feminismo y la industria del sexo con mis amigas, pero la mayoría tenía poco para decir. Finalmente, Celeste Newbrough, una admirada vieja feminista, poeta y activista lesbiana, me confió que ella hacía “salidas” cuando necesitaba dinero. Yo estaba shockeada e intrigada.

A mediados de los años setenta, hice el tour de Women Against Pornography en los negocios porno de Boston. Recuerdo una joven mujer inspirada tomando entre sus manos las revistas con fotos de mujeres desnudas en las librerías y despotricando contra las imágenes. Su perspectiva me recordó las veces que yo había sido llamada “zorra” y la vergüenza que sentí por ser femenina. Me sentí protectora de mis hermanas desnudas —ahora lo llamamos “empatía hacia las putas”—.

Me di cuenta de que las perspectivas feministas de las activistas anti-porno no coincidían con mis creencias. Ser castigada como una zorra fue parte de la manera en que fui oprimida por el patriarcado que condenaba mis inclinaciones sexuales. La ideología anti-porno evocaba esa condena. De todas formas, no quería tomar partido. Las mujeres en las revistas porno me hacían sentir a la vez expuesta y envidiosa. Deseaba un análisis que incorporara mis necesidades contradictorias: liberarme de la vergüenza sexual y también criticar y cambiar el imaginario sexual de nuestra cultura. Tendría que buscar más allá.

Para 1978 ya había tenido demasiado de la atmósfera mezquina y represiva de Boston. Mi camiseta decía “New England es para los masoquistas”. Quería estímulos, aventura e inspiración para mi poesía. Me mudé a San Francisco y de repente me encontré bastante sola. Mi amante, quien se había mudado conmigo desde Boston, rompió conmigo. Mi autoestima estaba más baja que nunca. Comencé a trabajar como moza pero no ganaba lo suficiente para pagar las facturas que había acumulado al mudarme. Mi jefe empezó a estar encima mío. Sin amigos ni dinero, me sentí desesperada. También había tenido fantasías de ser una prostituta pero nunca lo había considerado seriamente. Vi los carteles en las calles “¡Sexo! ¡Masajes! ¡Chicas!”. Marcia Womongold lo habría desaprobado, pero ella estaba a tres mil millas. ¿Por qué no? Después de todo Gloria Steinem había trabajado como conejita de Playboy y había escrito sobre ello. Ernest Hemingway había ido a la guerra y había escrito sobre ello. Ti-Grace Atkinson en *Amazon Odyssey* (1974),

había retratado a las prostitutas como luchadoras callejeras en la línea de fuego de la batalla de los sexos. Tal vez yo podía trabajar como prostituta. Al menos podía intentarlo... sólo intentarlo.

Tomé un trabajo en un salón de masajes. Desde el primer día estuve fascinada. Entré al salón y fui contratada inmediatamente. Dicen que cuando uno cruza la línea no se puede volver atrás, ¿sería yo entonces una mujer definitivamente marcada por el sexo? Me sonaba a propaganda patriarcal. Afronté el desafío. Mi primer cliente era un habitual del salón, guapo, rápido y dulce. Me pidió una francesa, yo no sabía qué era eso pero pude adivinarlo. Estaba fascinada por haber hecho esos 35 dólares tan rápido.

Así como el feminismo había sido una revelación para mí, también lo fue la política de la prostitución. La realidad cotidiana de mi vida como prostituta marcó un impactante contraste con mis concepciones previas. Siempre fui de tomar riesgos (viajé a dedo de New York a Canadá) de manera que el peligro no era extraño para mí. Estaba entusiasmada e intrigada con este ambiente, trabajando con mujeres de todo el mundo quienes eran sorprendentemente fuertes e inteligentes. Con el tiempo desarrollé amistades con ellas, ampliando la conciencia social que tenía como joven universitaria de clase media. Los análisis feministas de la prostitución como expresión última de la opresión de las mujeres no encajaban con la fortaleza y las actitudes que mostraban las mujeres que conocí. Mis relaciones con estas mujeres y otras personas que conocí en este trabajo formaron las bases para el análisis político que he desarrollado a lo largo de estos 18 años.

Mi propia experiencia había resultado lo contrario a lo que me habían dicho que sería. El sexo en mi vida personal se convirtió en algo excitante. El sexo con los clientes a veces me molestaba y a veces me interesaba. Pero había aprendido mi lección como feminista, no me avergonzaría de este “trabajo de mujeres”. De hecho yo estaba orgullosa —orgullosa de haber roto este tabú y de no estar avergonzada—. Familiarizada con las dinámicas de la vergüenza sexual, yo sabía cómo resistir su tiranía. Examiné mi ética feminista a la luz de esta nueva ocupación que había encontrado. El feminismo me había enseñado a resistir la sexualización de mi persona, me había cortado el pelo, había dejado de usar lápiz labial y renunciado a la “femme”. La contradicción había sido siempre obvia para mí. Estaba supuestamente abrazando mi ser mujer a través de la censura de cualquier expresión cultural de la “femineidad”, desde el comportamiento a la ocupación pasando por el vestuario. Pero ahora la serpiente había asomado su cabeza y ofrecido la fruta prohibida —el mito patriarcal que me hace a mí, la mujer sexual, responsable por el pecado original y todo el sufrimiento del mundo—. Necesitaba contribuir al desarrollo de una política feminista que nos ayudara a mis amigas y a mí a navegar en estas contradicciones.

¿Por qué había tan poca información en círculos feministas sobre prostitución y pornografía desde el punto de vista de las mujeres que estaban en esas películas y revistas, y

de personas como mi amiga Celeste? Muchas lesbianas habían “salido del closet” como lesbianas pero ¿dónde estaba la prostituta en esta nueva mujer que habíamos estado inventando? Ella había sido degradada y cosificada nuevamente por la retórica feminista y no existía como persona real en las comunidades feministas.

Yo había pasado años trabajando con mujeres para mejorar la imagen de las mujeres, invocando diosas e inventando guerreras en nuestra prosa. Pensé en las prostitutas. Ahora había una imagen que necesitaba ser mejorada. Cuando miré por primera vez en ese espejo y dije “ahí hay una prostituta” supe que redefinir la prostitución desde la perspectiva de las prostitutas sería el trabajo de mi vida.

Aunque a través de la historia las mujeres artistas posaron desnudas y se prostituyeron para obtener su sustento, existen pocos registros de ellas salvo aquellos de los artistas varones que las representaron. Las mujeres fueron exitosamente silenciadas —o por otros, o por su propia vergüenza paralizante—. Pero a partir de ahora sería diferente.

Comencé a asistir a eventos con una bolsa de papel en la cabeza que decía “ESTA BOLSA DE PAPEL SIMBOLIZA EL ANONIMATO AL QUE SON FORZADAS LAS PROSTITUTAS”. En uno de esos eventos conocí a Priscilla Alexander y comencé a trabajar con COYOTE. Pasé mucho tiempo desarrollando ideas en conjunto con otras prostitutas que conocí en salones de masajes, a través de COYOTE, en grupos de apoyo a las trabajadoras sexuales como “New Bohemian Prostitute Club” o COW (Can of Worms) y con mujeres como Lilith Lash a quien conocí en el ambiente de la poesía de San Francisco. Me sentí de vuelta tanto testigo como participante del comienzo de una nueva visión. Las revelaciones se sucedían, principalmente sobre cómo mi rol de prostituta se relacionaba con los roles de las mujeres en general y sobre cómo el estigma y la vergüenza asignada a las prostitutas evitaba que otras mujeres comprendieran cabalmente estos roles.

Se hizo evidente para mí que, como otras mujeres, había sido criada para intercambiar sexualidad por supervivencia o alguna ventaja social (por ejemplo un buen esposo o novio). Como resultado de la combinación del estigma de puta, el adiestramiento para intercambiar sexo por seguridad o supervivencia y el temor a la violación (cuyas probabilidades supuestamente aumentaban si una era promiscua) las mujeres estaban frecuentemente en un estado de parálisis. No podían reconocer este “estado de prostitución” en el cual vivían porque una no puede admitir que es una puta. Parecía imposible salir de esta atadura sin reconocer que todas éramos parte de alguna forma de prostitución — las “buenas mujeres” (las novias y esposas) y las “malas mujeres” (las putas y las bolle-ras)—.

Mis prioridades se alinearon con el objetivo de terminar con estas divisiones entre las mujeres basadas en los distintos contratos que habíamos hecho con varones con el propósito de sobrevivir. Esta búsqueda de comunidad era solo el comienzo, una dirección, no era un análisis exhaustivo de las relaciones sexuales. De hecho, más que desarrollar un “análisis exhaustivo” basado en presupuestos propios de las clases medias (los cua-

les usualmente informaban al feminismo que yo conocía), quería comenzar a apoyar a las mujeres de todas las condiciones a fin de crear estrategias para el cambio basadas en nuestras diversas experiencias. En otras palabras, quería crear un espacio en el feminismo en el cual incluso las malas mujeres pudieran decir la verdad sobre sus vidas y entonces comenzar a analizar y generar estrategias desde ese lugar.

Pero, ¿cómo podían las prostitutas y las mujeres del porno decir la verdad respecto de sus vidas dentro del ambiente hostil del movimiento de mujeres? Las palabras usadas para definirnos acumulaban la historia de siglos de insultos. Algunas feministas usaban insultos contra nosotras como puta y la censura de la pornografía¹ como herramienta contra el actual comercio sexual. ¿Cómo podíamos estar orgullosas y luchar por nuestra autorrepresentación y autodefinición? ¿Tendría Hinda que esperar un siglo más para tener su lugar en la familia de las mujeres?

¿Qué palabras podríamos usar para describirnos? La palabra “prostituta” estaba como mínimo marcada. De hecho “prostituta” es también otro eufemismo como mujer de la noche, trotacalles, mujer de vida alegre, etc. “Prostituta” no se refiere al negocio de vender servicios sexuales —simplemente significa “ofrecer públicamente”—. El eufemismo oculta nuestra “vergonzosa” actividad. Algunas prostitutas no usan el término para describirse a ellas mismas pues quieren separarse de sus connotaciones negativas (por ejemplo rebajarse a una misma). En contextos políticos yo me refiero a mí misma como prostituta para dotarlo con cierto orgullo, aunque raramente usamos esa palabra para referirnos a nosotras mismas, preferimos “chicas trabajadoras”. Pero aquel término choca con mi formación lingüística feminista. Nosotras necesitábamos un término nuevo.

En 1979 o 1980, asistí a una conferencia en San Francisco organizada por Women Against Violence in Pornography and Media. Había intentado presentarme como una suerte de embajadora en este grupo. Yo planeaba identificarme como prostituta, algo que nadie había hecho por aquel entonces en contextos públicos y políticos. Encontré la sala del taller sobre prostitución. Vi un papel impreso con el título del taller que incluía la frase “Industria del consumo sexual”, estas palabras sobresalían y me avergonzaron. ¿Cómo podía sentarme en pie de igualdad frente a otras mujeres mientras yo estaba siendo cosificada de esa manera, descrita solamente como algo para usar, oscureciendo mi rol como agente en esta transacción?

Al comienzo sugerí que el título del taller debía cambiarse por “Industria del trabajo sexual” porque así se describiría lo que las *mujeres* hacíamos. Generalmente los varones usaban nuestros servicios y las mujeres los proveían. Hasta donde recuerdo nadie lo ob-

1 Por ejemplo en la legislación anti-porno propuesta por Dworkin y MacKinnon las imágenes eran clasificadas como degradantes si retrataban a las mujeres como “putas por naturaleza”. El término pornografía entonces estaba siendo usado como un arma contra las mujeres marginalizándonos y excluyéndonos de los círculos feministas reconocidos. La raíz de la palabra porno es *porne* que significa prostitución en griego. La pornografía entonces es la descripción de o por las putas. Aun así, para las activistas anti-porno “pornografía” siempre quería decir imágenes degradantes de las mujeres.

jetó. Seguí explicando cuán crucial era crear un discurso sobre el comercio sexual que incluyera a las mujeres trabajando en estas transacciones. Expliqué que las prostitutas son a menudo incapaces de presentarse en contextos feministas porque se sienten juzgadas por otras feministas. Las participantes del taller estaban curiosas y en silencio. Hacia el final creí que había explicado mi punto de vista. Una mujer, también escritora y *performer*, se me acercó para decirme que ella había sido prostituta en su adolescencia pero era incapaz de discutir esto por el temor a ser condenada.

El término “trabajadora sexual” me resonó. Lo usé en mi monólogo *The Adventures Of Scarlot Harlot*, también titulado *The Demystification of The Sex Work Industry* el cual venía presentando desde 1980, inclusive en el Festival Nacional de Teatro de las mujeres en Santa Cruz en 1983. “Trabajadoras sexuales uníos” dice Scarlot Harlot “El sexo es tan sucio como el poder y el dinero. Puta significa conseguir más”.

También notaba lo humorístico en el término, sobre todo porque el sexo es divertido y obtener respeto para las prostitutas es a veces, desafortunadamente, una broma. Cuando Scarlot intenta salir del *closet* frente a su madre ella dice “la verdad es que yo soy una trabajadora sexual, mami”. Su madre le responde “¿qué?, ¿estás trabajando en una fábrica de dildos?”.

Creado en el contexto del movimiento feminista, en la conjunción de perspectivas opuestas sobre la prostitución, el término “trabajadora sexual” es una contribución feminista al lenguaje. El concepto de trabajo sexual une a las mujeres de las distintas facetas de la industria —prostitutas, actrices porno y bailarinas— a quienes las carencias legales y sociales impiden reconocer sus puntos en común.

Desde la publicación de *Sex Work* en 1987 —obra editada por Frédérique Delacoste y Priscilla Alexander— el término ha sido ampliamente usado. A nivel internacional “trabajo sexual” y “trabajadora sexual” han sido utilizados por agencias de salud en todo el mundo así como por la Organización Mundial de la Salud. Es usado por activistas en relación al SIDA y en el movimiento de reducción de daños². El término es traducido literalmente en numerosos idiomas.

El uso del término “trabajo sexual” marca el comienzo de un movimiento. Reconoce el trabajo que nosotras hacemos, más que definirnos a través de nuestro estatus. Después de muchos años de activismo como prostituta, luchando contra el creciente estigma y el ostracismo del feminismo hegemónico, recuerdo el término “trabajo sexual” y viene a mi memoria cuán poderoso se sintió el tener, finalmente, una palabra para este trabajo que no es un eufemismo. El “trabajo sexual” no tiene vergüenza y yo tampoco.

² La reducción de daños conforma un movimiento internacional opuesto al modelo de abstinencia o al enfoque criminal para lidiar con las adicciones y otras actividades ilícitas. La filosofía de la reducción de daños fue desarrollada por los promotores de salud en programas de prevención del SIDA quienes subrayaban la importancia de ayudar a los usuarios y a otras personas en contextos de ilegalidad a cuidar su salud y bienestar.

Referencias bibliográficas

Atkinson, Ti-Grace (1974). *Amazon Odyssey*. University of Michigan.

Delacoste, Frédérique y Priscilla Alexander (eds.) (1987) *Sex work. Writings by women in the sex industry*. Cleis Press.

Lakoff, Robin (1973). Language and woman's place. *Language in Society*, 2(1), 45-79. <https://doi.org/10.1017/S0047404500000051>

Stone, Merlin (1984). *Ancient Mirrors of Womanhood: A Treasury of Goddess and Heroine Lore from Around the World*. Beacon Press.

Womongold, Marcia (1979). *Pornography: a license to kill*. New England Free Press.